
*Eduardo Sevilla Guzmán y
M.^a Isabel Ramos Vadillo**

*Estructuras Agrarias; sociedad
y desarrollo rural
Presentación: al Agribusiness
por la nueva ideología liberal***

El proceso de transformación tecnológica en que se ha visto envuelta la agricultura después de la II Guerra Mundial y el impacto que aquél ha tenido sobre la estructura social rural es un fenómeno que requiere ser estudiado en los marcos socioeconómicos adecuados, tanto espacial como temporalmente (1). El debate en los países del este europeo está bastante adormecido (2); no obstante, en los países occidentales y en el Tercer Mundo este debate (3) ocu-

(*) Ambos del Instituto de Sociología y Estudios Campesinos de la Universidad de Córdoba.

(**) Deseamos expresar nuestro agradecimiento a Carlos Romero (Universidad de Córdoba) y a Javier Calatrava (Dirección General de Investigación y Extensión Agraria de la Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía) por su asesoramiento en los aspectos más técnicos-económicos de algunos artículos.

(1) Esta afirmación que, en principio, aparece tan obvia encierra el problema que ha frenado el avance teórico en las ciencias sociales agrarias (cualesquiera que sean las disciplinas que elijamos y el paradigma que en su pluralidad teórica adoptemos) hasta tiempos muy recientes. Cf. Henry Bernstein, «Is there a generic theory of petty commodity production under capitalism?». *Paper* presentado al *working group* n.º 1 del *XIII European Congress for Rural Sociology*. Braga, Portugal, 1-4 abril, 1986.

(2) Para un análisis del estado de la cuestión en los países socialistas, Cf. Howard Newby y E. Sevilla Guzmán, *Introducción a la sociología rural* (Madrid: Alianza, 1983), pp. 116-126.

(3) Un trabajo donde se reúnen las aportaciones clave sobre el tema desde un enfoque conflictivista se debe a Hamza Alavi y Theodore Shanin (eds.) *Introduction to the Sociology of Developing Societies* (London: Mac Millan, 1982). Un análisis — Agricultura y Sociedad nn. 38-39 (Enero-Junio 1986).

pa el centro de atención de las reflexiones de los científicos sociales agrarios.

En los países desarrollados del oeste europeo ha aparecido (en los últimos años y tras la crisis económica de los setenta) una ideología productivista de nuevo retorno al liberalismo, análoga a la que en la España de finales del diecinueve surgiera en el seno del regeneracionismo hidráulico (4). Sin embargo, en esta ocasión no se plantea ninguna alternativa para el campesinado (como sucediera en el populismo regeneracionista costiano); por el contrario, en el paradigma económico homogéneo, el complejo agroindustrial, en el que se incorporan los sectores de la ingeniería, la química y la tecnología de transformación de alimentos, se presenta a la agricultura moderna, sobreintensiva en capital, como salvadora ineluctable de las cuestiones alimentarias de las sociedades capitalistas desarrolladas. Como consecuencia de ello la política agraria de los grandes espacios económicos, marcadores coercitivos del resto de la economía mundo, apunta al reforzamiento del proceso de intensificación de la agricultura en capital como si la vieja ideología de la agonía del campesinado hubiera sido confirmada por la realidad (5).

Uno de los temas que centra la atención de los estudiosos de la agricultura, desde cualquiera de las ciencias so-

específico, desde este enfoque teórico, referido a Brasil y México puede verse en David Goodman and Michael Redclift *From Peasant to Proletarian* (Oxford: Basil Blackwell, 1981).

(4) El regeneracionismo hidráulico como ideología ha de interpretarse en contexto intelectual de la Restauración. Cf. el modelo de interpretación teórica que establece del mismo Alfonso Ortí, «Estudio introductorio» en *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: Urgencia y modo de cambiarle* (Madrid: Ediciones de la Revista de Trabajo, 1975). Tomo I. Y más recientemente, del mismo autor, «Política hidráulica y cuestión social: orígenes, etapas y significados del regeneracionismo hidráulico de Joaquín Costa» en *Agricultura y Sociedad* n° 32, julio-septiembre 1984. Cf. también los trabajos de Nicolás Ortega sobre el tema. Para un intento de plantear las bases desde las que se pueden analizar, con una perspectiva sociológica, las interrelaciones entre la estructura social y la política hidráulica en España. Cf. E. Sevilla Guzmán, «Elementi per una sociologia idraulica in Spagna» en *Prima Conferenza internazionale: Problemi di Metodo per l'indagine storica sull'irrigazione e il drenaggio. Confronto tra aree europee continentali e mediterranee* Milano-Roma, 22-25 marzo 1986, en vías de publicación.

(5) S. Giner y E. Sevilla «The Demise of the Peasant: some Reflections on Ideological Inroads into Social Theory», *Sociologia Ruralis*, Vol. XX, N° 1, 2, 1980.

ciales agrarias consiste en la articulación de la agricultura en la estructura económica de las sociedades industriales.

Para Howard Newby, una serie de decisiones políticas de gobiernos y organizadores transnacionales ha dado como resultado, por una parte, la configuración del complejo productivo que se denomina «agribusiness» y, por otra, el problema de cómo lograr una disminución en la producción agrícola.

El «agribusiness» podría caracterizarse como la integración de la producción, transformación y comercialización de alimentos en un complejo empresarial planificado de forma centralizada. Aunque su acción sobre la estructura social rural está aún por estudiar, ya se percibe que transforma, en los países occidentales, a los agricultores en «trabajadores a domicilio» a su servicio, mientras que en los países del Tercer Mundo la concentración de poder es tal que muchas veces llega a amenazar la soberanía nacional. El impacto homogeneizador en la dieta, hábitos de consumo, costumbres e incluso en la estructura de la propia agricultura posee características tales que se puede llegar a hablar de aculturación a través del «agribusiness».

Las tendencias de reestructuración social inmersas en tales formas de aculturización apuntan a un futuro en que se desdibuja la sociedad rural que sólo en términos de uso de la tierra puede llegar a considerarse una sociedad agrícola. En ella el peso de la actividad económica ha desbordado el ámbito de las ciudades, al tiempo que la propia agricultura queda relegada, desde el punto de vista de la población activa, a proveedora de empleo marginal.

La «aculturación del agribusiness» es un fenómeno específico del capitalismo en su fase más avanzada; es uno de los resultados de vencer a la incertidumbre en la agricultura en las «economías de libre mercado». Cuando Tadeusz Hunek cuestiona los mecanismos utilizados para limitar la incertidumbre en la agricultura incluye, sin duda, este tipo de fenómenos. En su artículo «Agricultores y sociedades rurales en un sistema de producción de alimentos sujetos a incertidumbre», el científico social polaco hace una interesante caracterización de la agricultura en el de-

sarrollo económico, aunque su discurso se mueva en un terreno excesivamente abstracto. Su diferenciación entre mercado económico, ideológico y político como factores de incertidumbre socioeconómica, es una herramienta sumamente válida para el análisis económico de la agricultura, evitando la asepsia academicista de muchos economistas. En cierto sentido éste es el caso de Luther Tweeten, quien partiendo del análisis de Estados Unidos estudió lo que considera «Economías de servicios». Son éstas aquellas economías de mercado «altamente desarrolladas, opulentas, tecnocráticas y urbano industriales» que basan su actividad en tales sectores económicos. La recomposición a que se ven sometidas sus economías internas tienen para la agricultura implicaciones tales como una creciente tecnificación y el desplazamiento de las industrias intensivas en mano de obra hacia los países pobres. Tal tecnificación es —según Tweeten— especialmente perjudicial para los «granjeros americanos», ya que tienen el doble de capital por trabajador que otras industrias y además, tienen una fuerte dependencia del mercado de exportación. Los datos que aporta sobre los tipos de explotaciones americanas —que apoyan el análisis de Newby— contrastan con sus opiniones sobre la «explotación familiar de tamaño medio». Esta, a pesar de conservar mejor el suelo, de crear una mayor actividad social y de frenar la concentración de la actividad económica, presentan fuertes inconvenientes. Por su tamaño no se adaptan, como las más pequeñas, a las fuerzas económicas, que introducen en su fuerza de trabajo actividades no agrícolas. Además de su «debilidad económica», por la cual se quedan obsoletos y pueden llegar a extinguirse, concentran la protesta contra las políticas antisociales puestas en marcha tras la crisis financiera de 1983.

En medio de este análisis, parece que una ráfaga de viento trastocara las consonantes en la mente de Tweeten cuando postula como argumento más fuerte para preservar la familia granjera el hecho de que forme parte de la herencia nacional. Los argumentos de Tweeten nos recuerdan algunos pasajes más importantes de cuantos textos ha producido la ciencia social americana sobre el campo:

«El ambiente del agricultor-campesino, por el contrario ha sido mucho más “natural” y parecido a aquello que al hombre se la ha enseñado a apreciar durante miles de años de historia. Los impulsos fundamentales del hombre forjados por su pasado, se satisfacen con mayor facilidad en el ambiente de actividad laboral del agricultor. Aquí no se encuentra ni la ausencia de la naturaleza, ni la mortal monotonía del trabajo, ni la especialización extrema, *ni el desequilibrio*. Puede que su nivel de vida sea tan bajo como el del proletariado urbano y su casa o alojamiento igual de malo; pero aun así el carácter global de su estructura de vida es bastante más sano y diferente, mucho más natural» (6).

Son estos autores, Sorokin y Zimmerman, los artífices del esquema teórico que ha mantenido hasta tiempos muy cercanos al paradigma funcionalista como hegemónico en el pensamiento social agrario; el continuum rural-urbano. Hiroyuki Nishimura parece moverse dentro de este paradigma cuando analiza el equilibrio rural-urbano en el desarrollo rural de varios países asiáticos que pasamos a considerar.

LAS ESTRUCTURAS AGRARIAS «EN DESARROLLO»

Comentaremos ahora varios trabajos sobre la agricultura en las llamadas «sociedades en desarrollo». Etiqueta ésta negramente cómica, cuando no indignante, sobre todo si se tiene en cuenta que normalmente tales análisis se quedan normalmente en un mero lamento académico sobre la inevitable desigualdad.

El profesor Nishimura, de la Facultad de Agricultura de la Universidad de Kioto hace una caracterización del desequilibrio existente entre los sectores rural y urbano de varios países asiáticos: cinco que etiqueta como de «Economías de rentas bajas» y cuatro como de «Economías de

(6) Pitirim A. Sorokin y Carl C. Zimmerman, *Principles of Rural-Urban Sociology* (New York: Henry Holt, 1929), p. 476.

rentas medias». Compara ambos grupos con otros países de «Economías industrializadas», europeos, Japón, país este al que se sitúa en el plano ejemplificador.

La distribución de la tierra, la necesidad de redes de seguridad y el coste social del ajuste económico son los temas que Don Kanel considera en el trabajo que comentamos a continuación. El problema que plantea posee, en nuestra opinión, una trascendencia nada desdeñable. Se trata de encontrar una estructura de la propiedad tal que en el proceso de desarrollo económico se genere una distribución de la riqueza que beneficie en la mayor medida de lo posible a los sectores sociales menos favorecidos. Su tesis consiste en que el tamaño de las unidades de operación es lo realmente importante y no el tamaño de las unidades de propiedad. Este hecho puede permitir invertir las consecuencias de las actuales pautas de posesión de los factores de producción que han derivado el beneficio hacia las manos de los propietarios en detrimento de las unidades de trabajo.

Por consiguiente, se necesita distribuir la propiedad en las primeras etapas del desarrollo, cuando el crecimiento de la población excede a los incrementos en el empleo no agrario. De esa forma, aun en el caso de que el aumento de la productividad sea limitado, incluso los pequeños propietarios tienen asegurada la obtención de alguna renta. El desarrollo equilibrado para los países del Tercer Mundo pasa por el establecimiento de redes de seguridad para los campesinos. Porque en caso contrario la carga del ajuste económico se arrojara sobre el consumidor urbano.

Desde un enfoque teórico bastante diferente, casi podría decirse que antitético, Chaundhri analiza las «causas» de la pobreza y, mediante un modelo macroeconómico vectorial, establece sus raíces en la estructura de la producción y la participación en el valor añadido de los sectores más pobres de la población, dentro del sistema productivo. Ante la imposibilidad de una reforma agraria por la insalvable oposición de los «intereses creados» propugna políticas estatales de formación agraria y educación básica dirigida a tales sectores sociales. Su trabajo se inscribe en la línea de los clásicos estudios de Schultz en los que

aparece una ciega confianza en la educación como resorte que impulsa el desarrollo. Se trata de mantener sano el cuerpo y educar la mente para consumir y mantener en puntos de equilibrio a las distintas funciones económicas, la primera de las cuales es el «equilibrio» entre el trabajo y el capital. Una solución parecida, educar y mecanizar en áreas de industrialización rural rápida, es la que recomiendan Suh, Osburn y Price como resultado de su investigación. En ella, al considerar más de tres mil explotaciones familiares en una región coreana y aplicar los datos obtenidos a un modelo empírico llegan a la conclusión de que se puede mantener el nivel de mano de obra no agrícola al mecanizar e incrementar la producción. La formación (7) agraria y la subvención a la mecanización son las políticas útiles en ese caso.

Probablemente el problema central de la estructura agraria en los países del Tercer Mundo se encuentre relacionado con la disyuntiva entre «propiedad privada» como un factor más de producción y «propiedad comunal» como forma de asegurar la continuidad y reproducción de un tipo de vida específicamente vinculado a la cultura (en su acepción antropológica) de la comunidad (8). Ian Livingstone aborda el tema de la propiedad comunal de la tierra en su utilización por pastores que poseen el ganado en forma privada. La privatización de la tierra como solución institucional para resolver el problema de la degradación de los ecosistemas pastoriles es contestada en este trabajo mediante un esquema teórico basado en la diferenciación entre «racionalidad individual» y «racionalidad colectiva», al tiempo que se cuestiona si las sociedades pastoriles poseen una infraestructura institucional y organizativa como para asegurar la gestión eco-

(7) Una brillante discusión sobre algunos aspectos del capital humano en el proceso de difusión-adopción de innovaciones en la agricultura puede encontrarse en Ana Cristina Gómez Muñoz, *Difusión-adopción de innovaciones en agricultura: un estudio sobre la campiña de Córdoba* (Tesis doctoral presentada en la ETSIA de la Universidad de Córdoba el 29 de abril de 1986).

(8) Recientemente Carlos Giménez Romero ha presentado en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid el interesante trabajo: *El régimen comunal agrario: estudio comparativo de los bienes comunales en España y México* (Madrid, abril 1985) como tesis doctoral.

nómica del medio ambiente, logrando los niveles sociales de ganado óptimo. En la misma línea argumental se mueve Malunba Kamuanga, quien en forma más directa critica la supuesta superioridad y bondad del «desarrollo a la occidental» cuando se aplica al Tercer Mundo con desconocimiento de las instituciones económicas existentes en la cultura objeto de esas pretendidas mejoras. Cuando la utilidad es definida en términos ajenos a los valores y la forma de vida de aquellas personas que desarrollan un tipo de proceso productivo, ésta se vuelve contra quienes planifican tales cambios mediante resortes y transformaciones culturales que desnaturalizan la tecnología y racionalidad occidentales. Y como el propio Kanuanga concluye: es necesario en primer lugar aprender de los errores pasados y, en segundo, considerar los aspectos sociales que influyen en la implementación de transformaciones tecnológicas. Para ello propugna una estrecha colaboración entre sociólogos y economistas a la hora de abordar la planificación y el diseño de programas de puestas en regadío.

Para nosotros tal colaboración debe extenderse tanto a los marcos teóricos y metodológicos del quehacer científico como a la operativización, seguimiento y corrección de los programas en desarrollo. En efecto, las llamadas «ciencias de la naturaleza» se mueven en unos ámbitos en los que han probado su eficacia. Pero tal eficacia requiere, a la hora de su aplicación real a sociedades no occidentales, tener en cuenta que el concepto de eficacia no es unívoco, ni tiene por qué ser la aspiración dominante en otras colectividades. No se trata, pues, sólo de llevar a cabo un trabajo interdisciplinario en las distintas fases de elaboración de un programa de desarrollo, sino también de que éste sea elaborado desde el esquema de valores y la «racionalidad autóctona» de la propia cultura en la que se vaya a implementar. Es probable que así se llegue a subvenir a la necesidad de soluciones por las que reiteradamente abogamos desde las torres de marfil de los laboratorios de investigación.

Un ejemplo de este tipo de «análisis de laboratorio» lo tenemos en el trabajo de J.M. Boussard, «Transformaciones del medio natural y heterogeneidad estructural en

agricultura», quien desde una óptica cuantitativista y neoliberal nos descubre que la política de estructuras no sólo es innecesaria, sino negativa y socialmente costosa en relación con la política de precios con la que pueden alcanzarse, según él, los beneficios sociales que «tradicionalmente» se persiguen a través de la política de estructuras. Para justificar esta afirmación Boussard empieza sorprendiéndose de la heterogeneidad existente en la agricultura (ya que para la teoría neoclásica todas las empresas tienen que ser iguales o competir hasta igualarse) para después tratar de explicarla por la no existencia de economía de escala en el sector agrario o, lo que es lo mismo, por la existencia en este sector económico de una función de producción homogénea de grado uno, función de producción acorde con la gran experiencia «linealizadora» del autor, pero no tan acorde con la realidad de la agricultura, mostrada en múltiples trabajos sobre el tema.

Pero si bien no existe para Boussard, ni para nadie que sepamos, la unidad óptima de explotación en cuanto a tamaño, sí descubre la existencia en el largo plazo de una estructura óptima para las explotaciones agrarias dependiente exclusivamente —para él— del sistema de precios y no de la función de utilidad y la situación del productor. El sistema de precios determina, pues, para Boussard la estructura, y ninguna otra variable o circunstancia la afecta en el largo plazo. El armazón teórico para llegar a esta deseada conclusión es variopinto, basándose en una versión agraria del teorema del Turnpike de Von Neumann y en un modelo dinámico con tanteos walrasianos que desarrolla mediante un simple ejemplo numérico, que hace funcionar en el ordenador durante 50 años y cuyos resultados no conducen, por otra parte, a mostrar la búsqueda homogeneidad de estructuras a largo plazo, extremo éste que el autor obvia explicando la poca adecuación del tanteo walrasiano para mostrar en procesos dinámicos la convergencia hacia la estructura óptima. A través de una visión del mundo con orejeras neoliberales percibe la agricultura como una industria atomizada en la cual, como consecuencia de la multiplicidad de «empresas», debe prevalecer una situación de competencia casi perfecta y recomienda a los



gobiernos lo que deben hacer para conseguir el equilibrio, la estabilidad y la armonía: no llevar a cabo política alguna de estructuras. La política de precios por sí sola permite resolver todos los problemas de la agricultura y los agricultores. Aun suponiendo que lo que Boussard no demuestra, pero sí afirma, fuese cierto, hay toda una serie de connotaciones sociales que darían lugar a encendidas controversias y polémicas, que no caben en este breve comentario. Sólo refiriéndonos a los jornaleros, si la economía social de mercado ha fracasado y no los ha hecho consumidores, es una tontería realizar una reforma agraria y educarlos —como decía Chaundhri— porque manteniendo la situación, con una adecuada política de precios, a largo plazo la estructura óptima de las explotaciones —sean o no latifundio-agribusiness— alcanzará su equilibrio. Lo que no considera Boussard es el coste social, en hambre, miseria y desesperación, que las generaciones de campesinos con o sin tierra, habrán de soportar hasta que finalice el curso de su «dinámica heterogeneidad de la agricultura».

